

## RESEÑA

### DE LA OBRA DE JUAN MONTALVO “LOS SIETE TRATADOS”<sup>1</sup>

Ángel Polibio Chaves Álvarez<sup>2</sup>

#### *“MONTALVO : CATEDRA DE VALORES”<sup>3</sup>*

La Universidad me ha dispensado el privilegio de contarme entre los miles de personas que, como ustedes, nos esforzamos por hacer patria a través de la más maravillosa experiencia humana : la cátedra.

Desde hace algunos años, se ha venido hablando de la “educación en valores”. Anteriormente, fue la deontología, una de las disciplinas que había ocupado algún espacio en el pensum de formación profesional, pero siempre en forma tangencial. A nivel de educación media, denominábamos “cívica” al espacio concedido a eso que podría ser la “ciencia de los deberes”, particularmente con la Patria. No obstante, un periodo bastante extenso, ni a la cívica ni a la deontología dedicábamos mayor preocupación. Hace cerca de doce años, tuve la suerte de vivir una de las más bellas vivencias en una aula, cuando me confiaron la cátedra de “Ética profesional” para un grupo de estudiantes de Informática, puesto que superada la sorpresa del pedido de las autoridades de la Universidad Católica en esta ciudad, comencé a pensar cómo y sobre qué debía abordar este tema que a la par que emocionante, ofrecía el riesgo de derivar en un ejercicio retórico. No obstante aún hoy recuerdo con emoción lo que significó el encuentro con cada uno de las personas que compartimos lo que llamábamos ética profesional, pues más allá de una ética para especialistas en informática, encontramos que de lo que se trataba era de un encuentro entre seres humanos en la búsqueda interior de lo que podría ser una especie de “modelo a seguir” en las más distintas situaciones de la vida.

Me he permitido iniciar este diálogo con estas reflexiones, porque creo que

---

<sup>1</sup> Ponencia expuesta en el Coloquio Internacional sobre Juan Montalvo. Ambato, abril del 2010

<sup>2</sup> Chaves Álvarez, A. P. Doctor en Jurisprudencia, Universidad de Karlsruhe, Alemania, Magister en Docencia Universitaria e Investigación Educativa, Universidad Nacional de Loja, profesor en varias universidades de Quito y Ambato, en Ecuador, Diputado de la Provincia del Tungurahua al H. Congreso Nacional del Ecuador, Representante de Tungurahua a la Asamblea Constituyente del Ecuador (1998), Ministro de Trabajo y Acción Social del Ecuador.

<sup>3</sup> Montalvo, Juan. Siete tratados. Casa de Montalvo, Tomos 1 y 2, Ambato, Ecuador.

antes de entrar en la temática eminentemente montalvina, es muy importante establecer un marco de referencia sobre el tema de la “educación en valores”. Antonia Pascual Marina en la Introducción a su trabajo “Clarificación de valores y desarrollo humano” (Lima, 2006), señala que la cuestión del sentido, del para qué” en la educación, “se ha dejado sentir como una necesidad apremiante en los pueblos y culturas más diversos” y agrega que tradicionalmente, “los valores se consideraban implícitos en la tarea educativa. Agrega : “Se daba por supuesto que los maestros, al transmitir los contenidos de las diferentes materias, formaban en valores.” “La profunda crisis que afecta a la sociedad occidental, -añade- ha venido a desengañarnos y a hacernos caer en la cuenta que es preciso proponernos intencionalmente la educación en valores, si deseamos lograr objetivos específicos”. Pero va más allá, pues es de la opinión de que la “Instrucción y la reflexión proporcionan a los educandos ciertos sistemas de valores, pero mientras estos no sean aceptados vitalmente tendrán escasa influencia en la conducta. El carácter objetivo-subjetivo del valor hace que sea necesario el contacto de la persona con su propia experiencia para darse cuenta de sus verdaderos sentimientos respecto de los valores y de sus opciones valorales”. Es más, el enfoque de la educación en valores debe hallarse dentro de la perspectiva del cambio hacia una sociedad más justa y solidaria y la autora citada formula un interesante juego de palabras cuando nos dice que la educación en valores supone un gran cambio en la educación pero que cabe preguntarse ¿será necesariamente una educación para el cambio? Y ello sólo será posible cuando los valores que los niños y los jóvenes lleguen a realizar sean aquellos que los convierten en personas conscientes de la realidad que viven, críticas, y comprometidas con una acción transformadora. Y continúa : ¿Debe hacerse primero el cambio de estructuras o debe comenzarse por la educación de la persona? Esto es ¿Revolución o educación?, pues mientras quienes propugnan lo primero suponen que no será posible la formación de un hombre nuevo sin que antes hayan cambiado las estructuras, quienes sostienen lo segundo afirman que sería inútil un cambio de estructuras si antes no se ha formado al hombre para vivir con la responsabilidad, el compromiso y la solidaridad que exige el orden social deseado”.

Continuando con estas reflexiones, vale la pena mencionar que alcanzar estos objetivos implican el necesario ejercicio de una educación participativa, supone que los niños y jóvenes deben tomar conciencia crítica de la realidad social para poder transformarla más eficazmente y, al

decir de Pascual Marina, se requiere además que, mediante el trabajo, adquieran sentido del compromiso y de la responsabilidad histórica que cada uno tiene respecto de la comunidad.

De otra parte, cita a G. Simpson quien señala que “Los valores tienen significado en las historias vitales de los individuos y... las respuestas de valor de los individuos en una cultura no pueden analizarse adecuadamente sin tener en cuenta las historias vitales. Los valores como expresiones de historias vitales, tienen profundas raíces en la estructura de la personalidad”.

Ciertamente que este coloquio nos ha convocado para interiorizarnos en el pensamiento montalvino, pero no habría sido posible hacerlo sin tener como referencia algunas ideas de lo que significa la educación en valores, precisamente porque como se dijo, las respuestas de valor de los individuos no pueden analizarse adecuadamente sin tener en cuenta las historias vitales y allí precisamente, es en donde nuestro personaje adquiere caracteres dominantes, no solo porque su misma vida fue la expresión más real de la identidad entre aquello que consideramos con valor y la conducta consecuente, sino porque a través de sus obras podemos desentrañar precisamente esas historias vitales.

Don Roberto Agramonte, ese egregio montalvista, en el estudio introductorio a los “Siete Tratados” incorporado a la edición del Departamento de Cultura Municipal de Ambato de 1987, señala que Montalvo exalta los valores a través de un método de variables, en el que sienta una variable de causa y contrasta esa variable con distintas variables de efecto, a saber : actos virtuosos o heroicos del hombre y de la mujer respecto a las leyes, régimen de trabajo y de propiedad y otras, y pone de ejemplo que utiliza la variable “honradez” en los tratos privados y, en otra parte de su obra, aparece la variable “desinterés”, al destacar que sus prohombres no servían a su patria por un sueldo. Se refiere por ejemplo al episodio del “Cura de Santa Engracia” en ejercicio de la intención de Montalvo de “hacer buena la moral perfeccionista y no hedonista” y, más adelante exalta el profundo sentimiento cristiano de Don Juan cuando reproduce su expresión en cuanto dice : “No puedo oír el nombre de Jesucristo sin un delicado y virtuoso estremecimiento de espíritu, que me traslada a la vida de ese hombre celestial”.

Estas ideas me han animado a escudriñar en la obra de Montalvo, fundamentalmente en sus Siete Tratados, al que me permitiré agregar un octavo, el da la “Geometría Moral”, que me atrevo a calificar como el Tratado del Amor, con el fin de identificar aquellos que nos permite entender la vida y obra de Montalvo como Cátedra de Valores.

Así en su tratado sobre la Nobleza, luego de una erudita exposición sobre las distintas razas, señala que si admitimos una sola cuna para todos los mortales, el principio de la nobleza se lo ha de hallar en otra parte, que no puede ser otra que lo que él llama la “hombría de bien” que no implica sino el ejercicio de las virtudes y el empeño permanente por desterrar los vicios de nuestra vida cotidiana. Los varones más esclarecidos de la humanidad, dice, “fueron hombres de humilde cuna, sin antecedentes por parte de sus mayores, cuya gloria se fundaba en sus hechos puramente”. “La nobleza es prenda sujeta al vaivén de todas las cosas, prenda que puede ser adquirida, y se la puede perder por el mismo caso. Se la adquiere por los grandes hechos.....se la adquiere por la inteligencia descollante, por las obras extraordinarias de la sabiduría.....Se la adquiere por las riquezas bien habidas y bien usadas..” Pero agrega, “La nobleza se pierde moral y positivamente..Los que tiran a la ruina de sus semejantes por medio de la murmuración, la difamación, la calumnia, no son, no pueden ser nobles. Los que se veden a la avaricia, y por satisfacerla vuelven la espalda a la moral, no son, no pueden ser nobles.” y concluye :”No hay más nobleza que la de las virtudes.”

En su tratado sobre la Belleza, expresa que la “Juventud es conjunta con la belleza a primera entrada, mas si contemplamos en ésta y le buscamos el viso, luego advertimos que es propiedad de todas las edades bien así como de uno y otro sexo.” y advierte : “La belleza no es hermana de la virtud, ni siquiera de la bondad”; el hombre prevalece por el valor, su belleza es la honra, su poder la inteligencia. Montalvo señala que “para cada raza, un modelo de belleza”, para corregir a quienes caemos en el error de considerar que los valores estéticos occidentales son los únicos valederos. “Cada edad tiene su belleza”, es otra expresión que nos llama a pensar para poder encontrar el justo sentido en la apreciación de lo bello. Pero en la profundidad de su pensamiento, Montalvo nos invita también a considerar la importancia de que la belleza esté acompañada de otros valores y exalta el amor al señalar que no cabe felicidad sin amor, pues no hay felicidad posible en la soledad. Cuantas veces al mirar el retrato de una mujer

hermosa a la que el tiempo ha agredido, lo lamentamos; vale entonces traer esa expresión de nuestro maestro cuando dice : “Nada habéis perdido por haber pasado, señoras ex-hermosas, si dejando de ser bellas os adornáis con el título de buenas y lo sois verdaderamente. Belleza convertida en bondad es mirada de Dios, que dejando de iluminar el rostro, se mete para adentro a calentar el alma”.

La Historia, la gran maestra, nos permite corregir aquello que intereses inconfesables tradujeron como verdades. Montalvo, ha sido para muchos el gran hereje, el apóstata, el incrédulo. Anticlerical fue, sin duda, en cuanto clérigos corrompidos desnaturalizaban el mensaje de Cristo; anti conservador, fue, sin duda, cuando para responder al afán de perennizar un sistema de opresión que había enriquecido y conferido poder a unos pocos se apuntalaron nefastas dictaduras. Pocas épocas en la historia de la República presentan mayor conflictividad que la segunda mitad del siglo XIX, cuando un partido conservador ortodoxo luchaba con todas sus fuerzas y en todos los terrenos no solamente con quienes abrigaban ideas liberales, sino con un grupo de patriotas conservadores denominados progresistas. El enfrentamiento era feroz, no había límite en la contienda; el precio de la convicción ideológica se pagaba con la cárcel, el destierro o la vida. Todo ello nos permite comprender el porqué incluso las obras de Montalvo no solamente se incluyen en el infamante index que la Iglesia oficial imponía, sino que trascendió aún a los años del nuevo siglo. Por ello resulta tan interesante repasar las páginas de los Siete Tratados en aquel que Montalvo tituló “Réplica a un sofista pseudo católico”, sofista en efecto que en su afán de denigrar al pensador disidente, no escatimó esfuerzo alguno en descalificar al Cosmopolita, propugnando la idea de que todo aquello que había exaltado el ilustre escritor en las ideas y costumbres de Roma y de Grecia antiguas, significaban la negación de todo lo bueno y lo virtuoso y se alejaban del recto pensamiento cristiano.

Así replica : “No queréis ir a Grecia ni a Roma, no sea que no halléis virtudes : busquémoslas; si las hallamos ¿Qué perdéis?. No soy la Sibila de Cuma que va guiando por el averno al pio Eneas, no la sombra de Virgilio que conduce Dante Allighieri por los Campos Elíseos; pero no soy ciego : yo veo con la sinceridad: vosotros no veis ; seguidme por las ruinas de Grecia y Roma.” y continúa : ¿Cuál es la primera de las virtudes? La primera es una ley natural grabada profundamente en el corazón del hombre, el afecto religioso, amor y temor por la Divinidad, ora la

llamemos dioses, ora Dios.” “ Grecia no le va en zaga a Roma en punto de amor patrio” y refiriéndose a Roma en un pasaje de su historia cuando juzga con generosidad a algunos prisioneros en acción de guerra, destaca su comportamiento y dice : “He aquí la buena fe y la lealtad de un pueblo sabio”.Y agrega, “Los romanos fueron grandes en la política porque fueron sabios en las acciones comunes de la vida: un hombre de buena fe para con los pueblos, de buena fe ha de ser para con las personas” Pone como ejemplo la conducta de Quinto Escévola en una transacción comercial cuando fija el justo precio y expresa : “Estas si que no son acciones de nuestro tiempo: sino el fraude, la mezquindad y el abuso dan la ley en nuestras compras y ventas.” y continúa con pesar señalando “Si alguna de las virtudes romanas se ha perdido casi por completo es el desinterés. Los senadores relata, “cuando veían en el artículo de imponer una contribución, ellos eran los primeros que se la imponían, y siempre por mayor suma que los demás”. Exclama más adelante : “Justicia, amor patrio, abnegación, buena fe, desinterés, ya los hemos visto; ahora veamos otra cosa entre las ruinas de la antigua Roma...si, en la Roma antigua iremos a buscar la libertad y expone la lacerante situación de nuestros pueblos sujetos a dictaduras infames sostenidas por el poder interesado de las armas y evidencia la contradicción de los gobiernos totalitarios a los que enrostra con estas expresiones : “Queréis la libertad de pensar, hablar, trabajar, aprender y enseñar, vosotros los enemigos de la libertad del pensamiento, la palabra, el trabajo, el aprendizaje y la enseñanza” y en el andar de estas disquisiciones, incluye un episodio al que denomina “El cura de Santa Engracia” que recoge una serie de situaciones virtuosas que evidencian el modelo de lo que debe ser un sacerdote al que concluye calificando como el “sacerdote evangélico, el cura perfecto”, y retoma de inmediato el discurso de la libertad para concluir con la siguiente expresión : “Sabéis cuando hemos de ser felices verdaderamente? No cuando estrechemos la inteligencia ciñéndola a la órbita de vuestros mezquinos estudios, como lo deseáis, y obedeciendo como ruines a los tiranos del espíritu, sino cuando entreguemos nuestros hijos, como los magos, a cuatro preceptores, el más sabio, el más justo, el más temperado y el más valiente de la Nación”. Retoma luego el tema de su réplica y refiriéndose a la admiración que profesaba San Agustín por Cicerón, señala que éste “sentó los principios de religión, moral y filosofía, todo conforme con la mente de Dios mismo respecto de la humana criatura.”. Censura acremente a Dion Casio, al que califica de “griego asalariado por los tiranos, historiador sin verdad ni decoro, mortal enemigo no de

Cicerón solamente, sino también de todos los hombres célebres que habían resplandecido por la práctica de las virtudes.” Habiendo pues demostrado Montalvo la ninguna solidez de su contradictor, que soslayó las virtudes de Grecia y Roma en el afán de inútil de presentarlo como un hereje, concluye refiriéndose a Jesús : “todo, todo está probado que en ese hombre hay algo de divino, que en ese ser divino hay algo de humano. Seré tan hereje como gustéis, católicos de la cuchilla; mi Jesucristo, dejádmelo, así como lo describo y le guardo en mi profundo pecho”.

Replica a quien lo calificó de monstruo en estos términos : “Humilde con el señor, alto con los altos, me hago pequeño, como Filotás, cuando las he con gente bondadosa y modesta. Para los viles, desprecio; para los malvados : odio; para los criminales : espanto. Si por esto soy un monstruo, monstruo quiero ser; y en tanto que el cielo favorece mis maldades, no he perdido la esperanza de la gloria.” Discurre luego en forma magnífica sobre la “buena fe” y la “mala fe” y reitera siempre su convicción que induce a la práctica de las virtudes.

De su tratado sobre el Genio, nos permitimos destacar algunos pasajes que encierran reflexiones de gran trascendencia; así al narrar el episodio en el cual un sabio deseaba conocer las verdades, “esas que no son sino reflejo lejano de las grandes e inmortales que deificaron al género humano, cuando a fuerza de meditación, virtud y favor divino viniere a descubrirlas”, nos pone de manifiesto que no existen verdades a las que pueda llegar el hombre por simple inspiración, sino a través de un esfuerzo permanente de meditación y virtud, lo que nos lleva a la práctica de otra enorme virtud : la paciencia, pues el Cosmopolita se refiere a ella en los siguientes términos : “Desgracias muchas y muy grandes formadas ya en las entrañas de la cólera, han sido conjuradas por esa maga bienhechora que llamamos paciencia”. Ciertamente que en Montalvo encontramos la exaltación del hombre bueno, pero acompañado siempre de un principio de rectitud, pues señala que “la bondad infamante es pecado en el varón”, connotando siempre un principio de equidad, de justicia y de entereza, pues igualmente califica a la bondad que raya en miedo y dice “no es bondad sino bajeza”.

El hombre debe por otra parte interesarse por su mundo, a punto tal que no encentra correcto el que limite su preocupación a una sola cosa, pero que tampoco pretenda conocer de todo, así, en una pequeña copla refleja este pensamiento : “ Si querer entender de todo es ridícula pretensión, servir

solo para una cosa suele ser falta no menor.” Y nos invita también a buscar respuestas, a inquietarnos por conocer, así señala que cuando aparece una sombra “el ingenio, el pobre ingenio, ni siquiera tiene valor para mirar esa sombra; no sabe que existe, no averigua: no desentraña misterios, no propone dudas. Dudas, cualquiera propone, todos las abrigan, pero no de las tremendas, las sin resolución, las que pueden acarrear desgracias eternas: estas son aventuras del genio.”

Soberbia introducción la que trae su Tratado sobre los héroes, cuando expresa el inicio de la gran epopeya de la independencia y señala : “La grande, muda, inerme presa que España había devorado trescientos largos años, echa al fin la primera queja y da una sacudida” , y luego se lamenta al señalar que la primera voz de independencia fue a extinguirse en el sepulcro : “Quito, la primera en intentarla, había de ser la última en disfrutarla”. Hermoso ejemplo de entereza ha de dar Bolívar cuando enfermo en Pativilca, cuya condición califica Montalvo en gráfica expresión “hombre más para la sepultura que para la batalla”, cuando uno de sus lugar tenientes le pregunta : ¿Qué va a hacer vuestra excelencia?, vencer, responde el héroe.” Con qué convicción defiende el derecho a un juicio justo, aún en situaciones extremas y dice : “El que hace degollar por mano de verdugo, manda a un grupo de soldados fusilar uno o muchos inocentes, sin procedimiento bueno ni malo, porque eso conviene a su ambición o su venganza ¿será menos asesino que el que mata de persona a persona?. Solamente la cuchilla de la Ley en mano de la justicia puede quitar la vida sin cometer crimen”. En el Derecho actual se debate sobre la legitimidad de origen; Montalvo la define de esta manera : “El que funda su poder con el veneno y el puñal, de ellos necesitará toda la vida para mantenerse en el trono del crimen” y añade “los perversos son los más desgraciados de los hombres, aún en medio de la prosperidad, según que siente un sabio; los perversos en desgracia, más desgraciados todavía”. Hermosa referencia hace Don Juan al Mariscal Sucre al que califica de “varón rarísimo que supo unir en celestial consorcio las hazañas con las virtudes, el estudio con la guerra, el cariño de sus semejantes con la gloria” y destaca la magnanimidad de los libertadores vencedores en Ayacucho al exclamar : “ Cómo lo habían de ser, cuando después de tenerlos baja la cerviz, rendido el brazo, les conceden los honores militares y los envían salvos a su patria? Cómo lo habían de ser, cuando proclamada la paz constituyen naciones y las ponen debajo de leyes tan razonables como las que más?”. Destaca así mismo lo que significó vencer a España, el pueblo

de Carlos V, Rey de España, Emperador de Alemania, dueño de Italia y señor del Nuevo Mundo, “la grandeza del vencido vuelve más grande al vencedor.” Hermosa mención hace del heroísmo de Ricaurte, cuando a punto de ser vencido el Libertador en Boyacá, ante el temor de que muriera peleando o prisionero, sacrifica su vida y hace volar el polvorín, episodio que lo describe así : “Una detonación inmensa, un mar de negro humo que se dilata por el espacio, en seguida silencio pavoroso : la patria está salvada”. También se refiere al desencanto cuando expresa respecto de la conjura de Bogotá, que Bolívar “no sabía que de entre las guirnaldas que iba cosechando por esas calles, saldría después el puñal, que si no le acertó en el pecho, le hirió en el alma y para toda la vida” y en otra parte agrega : “Fundadas dos naciones en el Perú, tornó Bolívar a Colombia : el reinado de los favores había concluido, principió el de la ingratitud”, lo que resiente su espíritu generoso que comprendía que “verdad, justicia y gratitud componen un instrumento celestial, cuya armonía deleita aún a los seres inmortales”. Es así mismo cáustico al juzgar a los sucesores de Bolívar cuando compara con lo que aconteció en América del Norte, pues se refiere a los sucesores de Washington como “grandes ciudadanos, filósofos y políticos, que jamás pensaron en despedazar el manto sagrado de su madre para echarse cada uno por adorno un girón de púrpura sobre sus cicatrices, mientras que los compañeros de Bolívar acometieron a degollar a la real Colombia y tomar para sí la mayor presa posible, locos de ambición y tiranía”.

Especial atención demanda el contenido del Tratado de los Banquetes de los Filósofos, pues pone en boca de ellos, palabras que son una verdadera inspiración de la virtud. Exclama Sócrates :” me llaman impío...., me llaman corrompido...me llaman turbulento...me llaman codicioso....me llaman calumniador...he podido equivocarme, errar alguna vez : mentir con intención, jamás”. Y luego, cuando los filósofos proponen un brindis, Antístenes brindó por la pobreza, la pobreza rica en virtudes, fuerte por el sufrimiento, noble con la dignidad y al referirse a quien había delinquido para recibir riquezas expresó : “yo le aborrezco, porque el bárbaro deshonoró la pobreza con la estafa cuando fue mendigo, y hoy infama con la mezquindad las riquezas mal habidas”. La prudencia y el silencio fueron también motivo de los diálogos, cuando en boca de Cimias expresa : “Dichosos los que saben callar, y no hablan sino cuando en su silencio hay peligro de que la verdad sea postergada y el error salga triunfante”. Cuanta actualidad reviste lo descrito por Montalvo respecto de la prensa

cuando dice : “Los periódicos de probidad no llaman ladrón al hombre de bien; los periódicos verídicos no publican mentiras a sabiendas; los periódicos honestos no se estrellan contra la moral; los periódicos dignos y generosos no venden su lengua para la difamación; los periódicos inteligentes no menosprecian el talento; los periódicos patriotas no persiguen de muerte al patriotismo; los periódicos libres no viven empeñados en mancillar a los amigos de la libertad; los periódicos decentes no andan derramando estiércol por el santuario de las ideas y las virtudes.” Y concluye el Banquete de Xenofonte con un bello mensaje a la ancianidad : “Ancianos, sed dioses en la tierra, sedlo por el ejemplo del bien y la práctica de las virtudes, y no pasaremos por vuestro lado sin descubrirnos, como ante la sabiduría encarnada en cuerpo venerable.”

En el banquete de Platón, encontramos también motivos de inspiración; así, cuando a Sócrates se le pregunta ¿Cuál es la primera de las virtudes? El sabio respondió sin meditar :”El amor a la verdad...como que ella es madre de todas las demás, y como que sin ella no puede haber otra ninguna”. Averiguado sobre la segunda, señala “La Justicia. Hacer justicia es darle la razón al que la tiene de modo que estar en lo justo no es sino estar en lo verdadero”, y Platón complementa : “negar justicia al que la tiene, es ocultar la verdad.”, y en la medida en que al decir de los filósofos, las virtudes dimanaban unas de otras, se habló de una tercera : la probidad. Mas, habiéndose propuesto como tal al valor, Platón expresó : “El valor no es virtud, es sí prenda que realiza y concilia gloria mundana al que la posee. Hombres inicuos pueden ser valientes : si el valor no está resplandeciendo con la generosidad, la magnanimidad, y el valiente no se halla animado de buenas intenciones, el valor es una gran cosa que no vale nada”.

En “El Buscapié”, otro de los tratados, el Cosmopolita, da sus razones para haberse empeñado en escribir sus “Capítulos que se le olvidaron a Cervantes” , al decir de él mismo, “ensayo de imitación de un libro inimitable” y en una de sus páginas expresa que “el Quijote es un libro moral de los más notables que ha producido el ingenio humano”. Ante las críticas que algunos autores habrían pronunciado por considerar que el empeño de Montalvo constituía una osadía, alude en otra parte que “La rivalidad nunca es inocente: cómplice del odio, trae en su seno la envidia, negro fruto de un crimen. El hombre en quien está obrando esa flaqueza siente hervir su pensamiento en ideas locas, su corazón en afectos insanos.

La rivalidad propende a la ruina del objeto que la exalta.” Y concluye : “donde cabe la rivalidad, no hay lugar para la virtud” y sobre ella expresa : “Virtud, oh virtud, pobre virtud, el mundo no es tu reino : amenazas, peligros, ofensas, por donde quiera te rodean; y aun muy feliz si no sucumbes mordida de perros, acoceada de asnos, devorada de tigres. Virtud, oh virtud, santa virtud, levanta el vuelo, huye, enciértrate en el cielo a donde no podrán seguirte los demonios que con nombre de hipocresía, envidia, soberbia, odio insano, corrupción, infestan este valle, no de lágrimas, sino de hiel y sangre”. Más adelante vuelve a rescatar la dignidad de la pobreza, cuando expresa : “Dad al pobre, dice el señor; no dice dad al ocioso, como si fuera lo propio el vicio que la desgracia. Hambre puede tener uno a pesar del trabajo; sed a despecho de la actividad y carecer de vestido, sin que valgan afanes y pasos por este mundo injusto y ciego.” Y, en rescate de la opción que el hombre puede tomar por dedicar su vida a actividades no siempre lucrativas, nos hereda este mensaje tan propio para una sociedad que ha desvirtuado los valores y ha entronizado la riqueza como el más alto objetivo de la vida : “Ni por tontos, ni por cobardes, ni por enemigos del trabajo habrán pasado a la posteridad esos nuestros semejantes que han engrandecido su siglo con su gloria, santificando al propio tiempo su desgracia con la miseria sufrida en amor de la filosofía. Verdad es que ellos no ansiaron las riquezas; y en no buscándolas ahincadamente, ni vinieron a pararse en sus umbrales”, y respecto de aquella expresión de que todo hombre es autor de su propia fortuna, como estigma de quienes no han privilegiado la riqueza como bien supremo dice que tal enunciado es una torpe falsedad y una calumnia a los “Desgraciados ilustres que no han perdido una hora de la vida ni se han dado punto de reposo, trabajando en la obra de los buenos que es la civilización y la felicidad del género humano”. Bella referencia hace el Cosmopolita de la suerte de Colón, a quien la envidia había colocado en triste condición de enfermedad y privación de su libertad y refiere que : “Tan luego el gobierno de su majestad supo que el Aspirante había fallecido, se colocó sobre la envidia y la indolencia, y allí fueron los decretos reales para engrandecer y ennoblecer al difunto”; y exclama: “El día de su muerte nacen los hombres verdaderamente grandes”.

Y como se dijo, en esta vertiginosa revisión de los textos de Montalvo, no podría faltar una referencia a lo que me he permitido calificar como el octavo Tratado, el Tratado del Amor, su Geometría Moral. En esta pequeña pero bellísima obra que la he vuelto a leer luego de cerca de cuarenta años,

recreando esa hermosa sensación que inspiran las cosas buenas, nos encontramos con expresiones llenas de ternura y ejemplar abnegación por el ser amado en las historias de Petrarca, del Conde Alfieri y de Herculano, que son rematadas magistralmente con el capítulo de Don Juan de Flor, en el que se logra una definición poética del amor, amor de primera clase, de segunda y de tercera, amor al fin aunque muy diverso.

La inteligente percepción de ustedes, dignísimos maestros, me releva de abundar en comentarios sobre el significado y alcance de cada una de las expresiones y reflexiones que he querido compartir en este día. Solo me ha animado el propósito de destacar el enorme contenido ético de la obra de Montalvo, que bien puede constituir la hoja de ruta para la cátedra de valores, pues parafraseando al mismo maestro, quiero decir que así como se calificó al “Quijote” como un libro moral de los más notables que ha producido el ingenio humano, sin temor a equivocarme, se puede decir que la obra montalvina es también un enorme, incomparable, valiosísimo aporte a la moral, que ha producido el ingenio de este ser humano extraordinario que nació en esta tierra hace ciento setenta y ocho años.